

# LA VIDA EN SAN SEBASTIAN

los cuales caía una red. Los boyeros vestían trajes de «sirras» marineras.

Querrá la cabalgata una escuadra de veinticinco rapas jinetes en cisnes.

El éxito de esta cabalgata fué tan grande que se repitió dos ó tres veces en aquel año.

Al año siguiente volvióse á la tamborrada clásica. Se había cerrado el paréntesis abierto el año anterior y en día de San Sebastián volvían los zapadores, los barrileros y el tambor mayor. Nadie esperaba que aquel fuese el último año de las tradiciones donostiarra. El éxito obtenido con las fiestas del año anterior, hacían guardar grandes ilusiones para el porvenir. Pero fué el último año de ilusiones, de las nuestras. Al siguiente la ilusión huyó llevándose la alegría castiza, sana y honda de los donostiarra «koshkeros»...

El 14 de Enero de 1902 se suprimió la fiesta de los bueyes, fiesta arraigadísima entre los donostiarra, y «en señal de duelo» la Unión Artesana suprimió la «tamborrada». Aquel año murió la tradición donostiarra. Todo se suprimió. Ni la tamborrada ni las músicas atronaron la ciudad con sus ruidos... Fué el principio del fin. Se enterraba Iruchulo y surgía el esplendoroso San Sebastián de ahora, la ciudad frívola, la playa de buen tono... Progresábamos, y los viejos y los que empezábamos á ser hombres, perdimos la ilusión de aquel San Sebastián alegre, siempre feliz, que no entendía de graves problemas y se divertía con un poco de ruido.

Pasaron tres años sin que la tamborrada clásica y tradicional despertase á las vecinas de la ciudad en la madrugada de San Sebastián. Pero en 1905 volvió a surgir, gracias á las sociedades de recreo «Sporti-Clay» y «Amistad Donostiarra». Entre los socios de estas «cuidaditas», algunos de los cuales sufrieron las des figuraban donostiarra de las «koshkas», algunos de los cuales sufrieron las consecuencias de su amor á las tradiciones donostiarra tres años antes. En aquel año de la resurrección de nuestra fiesta típica, toda la noche de San Sebastián se pasó en vela y en continuo estruendo desde la calle del 31 de Agosto hasta el Boulevard.

Salíó de la Plazaola de Lasala la comarsa ruidosa presidida por el tambor mayor, el popular Pepe Artola, y animada resultó la fiesta, que ya no fué tradicional en la vestimenta ni en la composición. Al año siguiente se celebró también la tamborrada, y en 1907 fué la «Euskal-Billera» con Sporti-Clay» la organizadora de la fiesta. Al siguiente año se unieron «Donosti - Zarra», «Euskal-Billera» y «Umora - Oña» para llevar a cabo el festejo, y luego empezó a languidecer... En 1914, 1912 y 1913, en vista de que la tamborrada de madrugada se había convertido en orgía, hubo de celebrarse la tamborrada organizada por la «Unión Artesana», la víspera por la noche, perdiendo así todo su carácter. Al año siguiente no hubo tamborrada en señal de duelo por la muerte del maestro Sarriegui. En 1916 tampoco se celebró el festejo, al que se dió por muerto definitivamente; pero al año siguiente vuelve la «Euskal Billera» á celebrarla de madrugada, y esa es la Sociedad que viene «sacando» la tamborrada ante la indiferencia del pueblo...

¡Pobre tamborrada y pobres donostiarra viejos! Aquella está condenada á vivir en el mundo del recuerdo; nosotros á pensar en que nuestra vida pasa... Y á pensar que, lo que en otros tiempos fué nuestra ilusión, ahora, como, nos molesta...

No: la tamborrada no debe morir. Es nuestro espíritu; es el espíritu de Sarriegui y de Serafín Baroja, de aquellos vascos alegres y humoristas, conocedores del alma donostiarra; de ellos que, como muchos más, vivieron siempre alegres porque amaban la ilusión...

Hoy resulta un sarcasmo la letra de la

Marcha de San Sebastián, de Sarriegui. letra netamente donostiarra, que compuso Serafín Baroja:

Bajera...!  
Gure bai,  
Kalera...!  
Nere nai.

¡Beti pozat! Beti alai.  
Sebastián bakar bai,  
da zeruban,  
ta Donosti bakar bai munduban.

¡Zer santuba ta zer arriya ta

zer gaur egun guziko alegriya!

Irudaloko gaztelupeko

Josemaritar zar eta gazte,  
Josemari entia kin nasto,  
kalerik kale,

tamborra jupa,  
umora ona banatsen

er di juaz.

Gaurandik geroza penak socora,

¡Festara!

¡Dantzara!

Donostiarrak oju egitera gaitoz.

¡Iñandu—

—riak datoz!

Esto decía Serafín Baroja cuando Sarriegui compuso la Marcha de San Sebastián. La Marcha la tocan en Azpeitia en la procesión del Corpus; la letra la ignoran casi todos los donostiarra... La tamborrada, esa fiesta con todos los defectos que le pongan los espíritus selectos, á nosotros nos habla de ilusión y por eso, cuando oímos hablar mal de la tamborrada y abogar por su desaparición nos dan ganas de decirle, á quien así habla, recordando la frase popularizada por el personaje de «Pepe Conde»: ¡Usted qué sabe!...

## La Unión Artesana y las más famosas tamborradadas

Son varias las Sociedades populares donostiarra que lanzaron y lanzan á la calle sus «tamborradadas». Fué la «Sporti-Clay» —si mal no recordamos— la que reanuda la ruidosa fiesta, algún tiempo abandonada, y con ella han contribuido á mantener el fuego sagrado la «Euskal-Billera», entusiasta sociedad «koshkera», que tiene un historial brillantísimo, del que otro día nos ocuparemos, porque bien lo merece, y las modernas sociedades «Umora-Oña», del barrio de Gros, y «Donostiya Zarra», del Antiguo.

Cuando este número salga á la calle—y no decimos vea la luz, porque aún no habrá amanecido—los gritos de los vendedo-

res, serán sofocados por el estrépito de los tambores de la «Euskal-Billera», y el domingo próximo retumblará el túnel de Antiguo con la ruidosa marcha de Sarriegui, rociamente tocada por los de «Donostiya-Zarra»...

Peró la «tamborrada» clásica, la que pudiera llamarse la «tamborrada oficial», es la de la «Unión Artesana», la veterana Sociedad que, á punto de morir, fué levantada, resucitada mejor, por el entusiasmo de un donostiarra de adopción: don Enrique Péres Egea, á quien es justo rendir un aplauso.

La «Artesana» ha lanzado á la calle su «tamborrada» á las horas más absurdas, y sin embargo, siempre la ha acompañado el éxito. Era ya hora de las cinco de la madrugada, y al ruido de los tambores, que sonaban en el interior de aquella «caja de música», que así podía denominarse el edificio de la Plazaola de Lasala, donde actualmente se construye la Delegación de Hacienda, respondía el eco de la muehedumbre, estacionada abajo, y compuesta por jóvenes que venían saturados de «sopa de ajo» y de su complemento alcohólico, y de muchachas, con su mantillita y su libro de misa, que habían salido de sus casas, previo permiso de la señora para ir á confesar.

En 1900 se fusionó la «tamborrada» con aquella famosísima cabalgata, de la que no se olvidan los donostiarra y los 37.000 forasteros que vinieron á presenciarla. Costó ciento diez mil pesetas y en ella tomaron parte distinguidas personalidades donostiarra. Aquella tamborrada-cabalgata salió á media mañana.

Hace muy pocos años, un alcalde popular, que era un espíritu cultivado, un artista exquisito, el inolvidable don Marino Tabuyo, quiso dar á la tamborrada un aspecto más conforme á las costumbres actuales, y la trasladó á las primeras horas de la noche. A la invocación acompañó el éxito. La «tamborrada» fué vista y oída por millares de personas; pero á los «koshkeros» no satisfacía aquello. Había que volver á la tradición. Como decía un donostiarra, que aún no había querido darse cuenta de que era un hecho el derribo de las murallas: «El vino debe beberse en la taberna, la sidra en la sidrería y la tamborrada no tiene valor si no sale á las cinco de la mañana».

Para los buenos donostiarra era algo consubstancial con ellos mismos la tamborrada del día de San Sebastián. Un detalle verdaderamente conmovedor lo confirma. En trance de muerte estaba un donostiarra popularísimo, don Anacleto Gorostiza, cuando acertó á pasar la tamborrada por la calle de Aldamar. Gorostiza quiso incorporarse, y con el rostro iluminado por la alegría, dijo á sus familiares: «¡Dejadme oír la tamborrada!» Poco después murió.

El transcurso de los años, y la circuns-

tancia de que los «tamborreros» no salían á la calle precisamente á hacer el «dandy», y arrastraban muchas veces las vestiduras, hicieron que los uniformes estuvieran completamente ex-fiamantes y que algunos fuesen unos guifapos. Esto se arregló algo después del Centenario, celebrado en 1913, pues el Ayuntamiento, para una tamborrada y desfile de tropas que atrajo un temporal de aguas que duró casi todo aquel mes de Septiembre, confeccionó unos uniformes de la época de la Independencia, que luego pasaron á poder de las Sociedades populares.

La «Unión Artesana», en este rememamiento, que la ha transformado y vigorizado, quiso celebrar sus «Bodas de Oro» con la resurrección esplendorosa de la «tamborrada», y en uno de sus muchos arranques de matrona potente, aunque eucuentona, organizó aquel festival brillantísimo de Mayo del último año, presentando una magnífica «tamborrada», en la que se lucieron, estrenándose aquella tarde, más de cien uniformes nuevos, vistosos, que llamaron extraordinariamente la atención. ¡Otro éxito de la «tamborrada» á la hora intempestiva—todo es relativo, señores—de las tres y media de la tarde!

Y otro éxito será la «tamborrada» que hoy echará á la calle «La Artesana», á las once y media de la mañana. Cuando escribimos estas líneas es la tarde anterior —no sabemos, como es natural, el tiempo que va á hacer. Pero podemos afirmar rotunda y categóricamente que las pubes harán un descanso en su trabajo, si es que están en pleno funcionamiento; pero llueve, nieve, «helo» ó caigan Jesuitas de punta, el público se echará á la calle á ver la «tamborrada», que obtendrá un éxito, aunque todos los elementos atmosféricos desatados, se empeñen en lo contrario.

Y después del «calle-gira», que va á ser larguísimo—en el parque de Alderdi-Eder, se estacionará la muehedumbre, mientras en el kiosco del Gran Casino, músicos, tambores y barrileros interpretarán la alegre música del inolvidable y popularísimo Sarriegui, que supo armar los guarismos, en su profesión de corredor de Comercio, con las notas negociadas que brotaban de su cerebro y que formaron una colección de composiciones que constituyen un conjunto de músicas, más que popular, popularísima.

No se conserva en la Artesana un historial de las tamborradadas. Apenas si hay alguna nota, de algún que otro año. Tan simpática es en todo la Sociedad—esa Sociedad que reglamentariamente prohíbe que en sus salones entrase ninguna mujer, para que no pudiese contar nada de las jaquegas Pantagruélicas y Hellogbállicas que allí se han celebrado—que en 1905, y para que en algún lado hubiese, «constancia» de la labor que había realizado desde su fundación en 1870, encargó á nuestro inolvidable amigo el popularísimo y entusiasta donostiarra don Eugenio Gabifondo (Cale-Cale), un historial breve y compendiado, en el cual está contenida toda su brillantísima ejecutoria. Si algún día—y damos promesa formal de ello—publicamos un extracto, aunque sea muy somero, de la historia de la «Unión Artesana», se verá cuanto tiene que agradecer á la Sociedad el pueblo de San Sebastián.

Peró á falta de datos fehacientes, hemos acudido á la memoria de veteranos socios que, afortunadamente para ellos, alcanzaron los tiempos de las tamborradadas célebres, y por ellos sabemos que de todos los «tambores mayores» que han ostentado el enorme «morrión» y han agitado la «porra», el más antiguo de los que aún viven es el probo funcionario de la Depositaria municipal, don Lucas Arzanegui.

Una de las «tamborradadas» que más llamó la atención, por sus componentes, fué la que dirigió como «tambor mayor» el distinguido joven don Cesáreo Lecuona, y en cuyas filas de tamborreros y barrileros formaban sus amigos los señores Martínez Echeverría, Altuna, Arcelus, Leaburu, Mi-

